

IN MEMORIAM:

TOMAS MARIN MARTINEZ

El 23 de noviembre de 1995 ha muerto en Madrid don Tomás Marín, sacerdote de Jesucristo, catedrático de Paleografía y Diplomática de la Universidad Complutense de Madrid y publicista fecundo. Como el hombre neto en todos sus posicionamientos que era, siempre estuvo pronto a colaborar con las distintas iniciativas en defensa de la tradición católica de España. También con nuestra Fundación, celebrando los últimos años la misa que, según el venerable rito tradicional codificado por San Pío V, se ofrece en el aniversario del fallecimiento del profesor Elías de Tejada.

Por mi parte, recuerdo perfectamente haberle conocido ya para veinte años de la mano del queridísimo Alberto Ruiz de Galarreta. Habíamos decidido un grupo de amigos resucitar «el espíritu de la Oliva», esto es, el del voto de defensa de la unidad católica de España realizado en julio de 1964 —cuando se barruntaba la consagración conciliar de la llamada libertad religiosa y aparecían temibles en lontananza los que pasando el tiempo serían sus inexorables y amargos frutos— por los jefes del Requeté en el monasterio cirterciense navarro de La Oliva. Unos cuantos fuimos haciendo el voto a lo largo de los últimos años de los setenta y los primeros de los ochenta, en el ofertorio de una misa celebrada casi siempre por don Tomás según el rito antiguo. Y por entonces decidimos también restaurar, tras una cesura de casi un decenio, la celebración de la festividad litúrgica de Cristo Rey como uno de los hitos del «año tradicionalista», por medio de una misa seguida de cena, que durante los años sesenta y setenta habían organizado al alimón Speiro, Fuerza Nueva, Roca Viva y el Centro de Estudios Históricos y Políticos «General Zumalacárregui», aunque el inspirador indiscutible fuera siempre el citado Alberto Galarreta. En la primera de esas cenas de la segunda época, que convocábamos con la cobertura de la revista «Iglesia-Mundo», de la que el autor de esta nota era consejero de redacción, hablamos entre otros don Tomás y yo.

Recuerdo perfectamente su estilo oratorio, que luego tuve otras muchas ocasiones de gustar: pausado, un tanto monocorde en la dicción, sin más contrapunto que el de un leve frenillo, pero fluido, abundante, barroco y eruditísimo. Algunas

veces más coincidimos en el cartel de aquellas noches numantinas, en verdad el acto de afirmación de una teología política católica más berroqueño de todos esos años. Luego, por mor de la búsqueda de popularidad de los oradores, tendería a difuminarse hasta desaparecer un poco antes que la revista a través de la cual hacíamos el llamamiento. En ambos casos, me parece, se cumplió la que tengo por regla de experiencia, y que liga el desentenderse del carisma originario de las iniciativas y organizaciones —bajo capa de apertura o de cualquier otra excusa— con el decaimiento y finalmente la muerte de las mismas, antes que con su expansión.

También traté a don Tomás en otros dos escenarios del «pensamiento fuerte» de aquellos años: el de la tertulia que Antonio Pastor animaba primero los miércoles y después los jueves en su casa del Paseo de la Castellana, reunión del grupo inspirador de la segunda época de la revista *¿Qué pasa?*, y el del priorato de la Hermandad de San Pío X durante el tiempo en que estuvo a cargo del padre Felipe Pazat, de quien tan buenos recuerdos conservo.

Al segundo acudía con frecuencia, bien para decir la misa de la tarde, bien para auxiliar al padre Pazat en alguna de las salidas. Solía explicar don Tomás que podía actuar en tal sentido con gran desenvoltura y libertad por no depender del estipendio estatal del clero, ya que disponía de haberes propios por su condición de catedrático de Universidad. El jesuita Baltasar Pérez Argos, que también acudía en auxilio en ocasiones, no gozaba de tan ventajosa situación, y padecía —lo sigue sufriendo con paciencia— destierro en el colegio de ancianos que la Compañía tiene en Alcalá de Henares.

Respecto a la tertulia de Pastor, cuya desaparición con las de Guillermo de Reyna, José Antonio García-Noblejas y el propio Antonio Pastor es otra de las penas que siento en el alma, se barajaban allí chismes políticos y eclesiásticos variados, junto con noticias valiosas del despliegue que enfrenta revolución y contra-revolución. García-Noblejas venía cargado de correspondencia y publicaciones extranjeras que repartía entre los contertulios según sus aficiones y especialidades. Pastor, el anfitrión, siempre muy discreto, dejaba caer con elegancia un tanto distante y senequista, muy andaluza, gotas de un inmenso saber atesorado en decenios de observación y estudio de la tupida red de las sociedades secretas. Reyna ponía la nota apasionada. Alberto Galarreta, como siempre, el comentario chispeante, el celo apostólico, la alegría del combatiente al que no se le ha secado el alma por el fragor de muchos combates, tantos años sostenidos. Florencio Valenciano, también desaparecido, y del que guardo imborrable recuerdo, desplegaba su exquisito trato y su saber de todo, aunque dejara traslucir esa huella de la rareza que terminaba de evidenciarse precisamente en la esterilidad de su saber. Pepe Sainz, duque de Rivas, ponía un acento pintoresco y de sociedad al grupo. Rafael Gamba, de tarde en tarde, llevaba a la sala la ironía y la melancolía que son su carta de presentación de filósofo de raza. Completaban el cuadro Eduardo Adsuara, un poco esquinado y con pretensiones; Joaquín Tena, elegante y sin sombra de

afectación como los diplomáticos de verdad... Y don Tomás. En esa atmósfera, don Tomás aparecía bajo una luz un tanto bohemia y adoptaba aires de Júpiter tonante. Así, llegaba pasadas las diez, cuando los más ordenados comenzaban a despedirse. ¡Que me excomulguen también a mí!, exclamaba también en una ocasión con motivo de las penas canónicas contra monseñor Lefebvre.

En el quehacer académico, además de su cátedra, dirigió durante años y hasta su aniquilación por la «cultura socialista» el Instituto de Historia Eclesiástica «Enrique Flórez», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde entre otras cosas impulsó una escuela de investigadores que pastoreaba con sus maneras singulares y atípicas, un tanto feudales, lo que no ha de extrañar y menos aún escandalizar a quienes sepan de las formas universitarias españolas, la revista *Hispania Sacra* y el magno y desigual *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, coordinado por don Tomás junto con los padres Vives y Aldea, y que contó con la colaboración granada de varias generaciones de historiadores. Con todos sus defectos, que los tiene, resulta una obra única en su género que debemos en buena medida al tesón de don Tomás.

Su labor investigadora y publicística se desenvuelve en torno de dos grandes ejes y una gran especialidad: historia eclesiástica; epigrafía, paleografía, diplomática y otras ciencias afines como la codicología; y el personaje de Hernando de Colón. No tiene sentido, en atención de la sede a que se dirige esta nota, dejar un inventario completo de la producción de don Tomás. Pero, desde sus primeras colaboraciones en *Hispania Sacra* y *Archivos Leoneses*, a partir del año 1948, y que versaron sobre las primeras repercusiones tridentinas, la crónica del IX centenario del concilio de Coyanza, las particularidades diplomáticas en los documentos leoneses, la bibliografía del antifonario mozárabe de León, hasta sus últimas ediciones del tratado de Tordesillas —anterior en mucho a las conmemoraciones oficiales— y del catálogo concordado de la biblioteca de Hernando de Colón —obra en nueve tomos por él dirigida—, sus libros, monografías y ensayos superan ampliamente las cuatro decenas. Concretamente en lo que hace a Hernando de Colón, sin sus directrices clarificadoras, destilado de tantos años de dedicación a su figura, hubiera resultado imposible la realización de los últimos proyectos de que acabo de dejar nota. Alimentaba, no obstante, los últimos tiempos el deseo de completar una cabal biografía del personaje, al tiempo que colaboraba también estrechamente en los proyectos americanistas que, bajo el impulso del querido amigo Ignacio Hernando de Larramendi, ha venido adelantando la Fundación Mapfre.

Con su marcha, don Tomás Marín, como tantos otros de los que están desapareciendo a borbotones en estos días de la que él calificaba con dolor de nueva «pérdida de España», deja un hueco difícil de llenar para el tradicionalismo y la ciencia hispanos de consuno. Más aún, deja la sensación amarga de que la vieja hispanidad se nos está yendo de entre las manos, cuando las personalidades atrabiliarias, también arbitrarias, pero geniales, originales y singulares, ceden el paso

a investigadores grises, seriados, clónicos. Que quienes disfrutan ya del lugar del consuelo, de la luz y de la paz rueguen a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo por quienes no han superado aún la gran tribulación y, entre sombras, buscan en su apasionado amor a España y a la forma de civilización que es la Cristiandad, sobre todas las cosas, hacer Su voluntad.

MIGUEL AYUSO